

la Cruz, con todo el ejército encerrado en Querétaro, entregando la plaza en manos de los republicanos, y solicitando para sí el permiso de marcharse á Europa.

¡Y otra vez en este caso la igualdad como prueba decisiva! Ambos generales Díaz y Escobedo, eran enemigos del Imperio, combatían contra él, sirviendo á la República. Maximiliano usó con los dos, del mismo medio: *un enviado*; les hizo iguales ofrecimientos: *entregarles la situación*; con las propias pretensiones para sí: *abandonar á México y marcharse á Europa*.

La única diferencia estuvo en que la entrega de Huamantla no se consumó, no por la voluntad del Archiduque, sino por la repulsa que indignado diera el general Díaz, circunstancia que no aminora la inmensa responsabilidad de aquél por acto tan infame; y la de Querétaro sí se consumó con todas sus enormes proporciones y consecuencias; porque en éste sí fué aceptado el ofrecimiento hecho por el jefe del ejército imperial, al jefe del ejército republicano, pues que en las condiciones de un sitio, tiene derecho el sitiador, según las leyes de la guerra, y en obvio de la economía de sangre, para aceptar cualquier medio que ponga fin á la lucha, máxime si el ofrecimiento de ese medio viene del sitiado mismo (1).

Basta la *verosolimitud* para aceptar como cierto un hecho ante la Historia. ¿Y existe, por fin, esa verosolimitud para aceptar como cierto históricamente el hecho de que Maximiliano ordenó á López que hiciera todo lo que hizo? ¡Que contesten aun las piedras.

XXIII.

CAUSAS DE LA ENTREGA DE LA PLAZA.

¿Pero qué causas determinarían á Maximiliano á efectuar la entrega de la plaza?

Ya por el estudio que llevamos hecho, hemos podido conocerlas, y ya podremos señalar como tales, tres muy principales:

[1] El general imperialista Ramírez Arellano, en su opúsculo "Últimas Horas del Imperio," asienta esta misma doctrina.

1º La insostenibilidad de la cuestión militar, por parte del Imperio.

2º El magno egoísmo del Archiduque en las ocasiones de gran peligro.

3º Su creencia errónea, sobre la inviolabilidad de su persona.

Las trataremos separadamente, y por el orden en que han sido enunciadas.

PRIMERA CAUSA:

Acosado por las imperiosas órdenes, que no otra cosa eran las notas del gobierno de Washington, había resuelto Napoleón III retirar sus tropas de México, en breve plazo; y como desde el momento mismo en que los Estados Unidos habían *opuesto altamente su veto* contra el Imperio mexicano, éste no era *viabile*, ni aun con el apoyo de cien mil franceses, como se lo dijo Bazaine mismo al Archiduque, el 7 de Enero de 1867, en la hacienda de la Teja, en conferencia que allí tuvieron (1) ¿qué sería al faltarle, como iba á suceder de allí á un mes, aun el de los pocos soldados extranjeros que, á la sazón quedaban todavía en México, y que constituían su principal sostén?

Fué entonces cuando Maximiliano viendo bambolear su trono, y, escuchando las insinuaciones que le hacía Bazaine y otros consejeros para que abdicase, comprendió su situación insostenible y quiso abandonar la empresa, ausentándose de México para volver á su patria. Y, tomada esta determinación, que engañosamente ocultó á sus servidores, la puso por ejecución emprendiendo ya su marcha, cuando llegó á Orizaba.

Mas aquella naturaleza versátil, voluble, en una palabra, veleidosa, encontró allí vientos contrarios que la hicieron cambiar de rumbo.

Vióse allí Maximiliano instado, exhortado y hasta *conjurado* por sus partidarios y Ministros, que trataron de darle alcance en su fuga, y por los generales Miramón y Márquez que acababan de regresar de Europa, para que se sostuviera en su puesto, y continuara la guerra con los pingües recursos que le ofrecieron; y él, como la veleta que apunta el rumbo según el viento que le sopla, apuntó su marcha de regreso rumbo á México, para ir á seguir peleando por su trono,

Se organizaron entonces tres reducidos cuerpos de ejército, mandados respectivamente por los generales Castillo, Mejía

[1] Anales, pag. 307.

y Miramón. Este último dió luego aquel ataque á Zacatecas, en que estuvo á punto de capturar al Presidente Juárez y sus Ministros; mas á poco fué derrotado en San Jacinto, por Escobedo. Fué entonces cuando el Archiduque, volviendo á comprender la insostenibilidad de la situación, escribió á su Ministro Lares aquella carta en que, para desenlazar la cuestión, le ordenó proponerle los medios, insinuándole el de su abdicación; y Lares le contestó mandándolo á combatir en Querétaro.

Y un día, combatiendo por su Imperio, quedó sitiado en esa plaza, sin aquellos elementos de guerra que se le ofrecieron en Orizaba.

En aquella ciudad, á los comienzos del sitio, las esperanzas y las probabilidades eran grandes, sinó de triunfar, cuando ménos de prolongarse más la guerra; pero en sus postrimerías, la cuestión militar había llegado al punto de ser no sólo insostenible, sinó desesperada verdaderamente. Lo prueba así aquel informe ó dictamen, que ya en parte conocemos, rendido al Soberano por los generales imperialistas sitiados en Querétaro, como resultado de la junta de guerra formada el 14 de Mayo, á promoción del mismo Emperador.

En ese documento histórico, vienen los jefes de la junta, haciendo cuentas y ponderando el heroísmo del ejército imperial, las glorias de sus triunfos alcanzados en los combates y batallas libradas durante el sitio, y la fidelidad y abnegación de los soldados del Imperio; no menos que deprimiendo en los más injuriosos términos á los republicanos, ó juaristas como dieron en llamarlos. Y, llegando en sus cuentas á aquella fecha del 14, siguen diciendo así:

“Los Generales que suscriben no abordarán hoy el terreno de los justos cargos que creen poder formular contra el antiguo Gefe de E. M. (*Márquez*) de V. M: la historia se encargará de esa ingrata tarea; pero importa el heroísmo de V. M. y del ejército que se ha *sacrificado estérilmente en Querétaro*, hacen constar á la faz del mundo: *que sin elementos de ninguna especie*, cuando ya no hay azufre para elaborar la pólvora, y después de haber muerto en los combates los mejores Generales del ejército, 5000 soldados sostienen hoy esta plaza después de un sitio de 70 días, establecido por 30000 hombres que cuentan con los recursos de todo el país: que de ese largo periodo de tiempo, 54 días se ha aguardado inútilmente el auxilio del general Márquez, que debió volver de México en 20; y por último, que durante la defensa de Querétaro, el enemigo ha sido atacado con frecuencia por nuestras tropas, batido en sus mismas posiciones, privado de más de la mitad de su arti-

llería, y rechazado de nuestra extensa línea de fortificación, que no ha podido forzar jamás, ni siquiera ocupar en alguno de sus puntos.

“La absoluta carencia de noticias del General Márquez (1), que no ha dirigido á V. M. ni una sola comunicación en 54 días, mientras que sí se han recibido algunas del Ministro de Gobernación Iribarren, ha tenido á V. M. y al ejército en una duda horrible, desde el mismo día en que aquel salió de esta plaza para México. Ante el hecho de que ese General no haya auxiliado á Querétaro despues de 54 días, y con presencia de las declaraciones de los prisioneros del enemigo, que hacen al General Márquez todavía en la capital del Imperio, lo cual es ya indubitable, *ha llegado el momento de poner término á una defensa que es ya MATERIALMENTE IMPOSIBLE, toda vez que el ejército y el pueblo son presa de la plaga del hambre*, que dentro de breves días se hará sentir con todos sus horrores, matando de un solo golpe el sufrimiento de la población y la moral del soldado, rebajada por la miseria, por la desnudez, por los rigores de la estación de las aguas que se han anticipado extraordinariamente, y por las penalidades de todo género en que ha vivido desde el 6 de Marzo último.

“V. M. y el ejército entero tienen derecho á la orgullosa satisfacción de haber puesto muy alto el honor de las armas nacionales, dando al mundo el ejemplo de un heroismo poco común, que es capaz de las mas atrevidas empresas cuando le dirige una voluntad enérgica y un sentimiento de verdadero patriotismo. La inmensa responsabilidad de las funestas consecuencias que van á precipitarse sobre México, es enteramente extraña á V. M. y á su valiente y sufrido ejército.

“A la altura en que se encuentra la cuestión militar que debatimos, los que suscriben propondrían á V. M. desenlazarla, pactando una capitulación con el sitiador, término legal y honroso para casos semejantes, establecido por la humanidad y sancionado por el derecho de gentes en todos los pueblos civilizados. Mas esto no es posible cuando se lucha con un enemigo salvaje, sin fé y sin honor, que tiene por principio violar las capitulaciones que celebra, como lo hizo en Puebla, Guadalajara y Colima; que asesina en las tinieblas de la noche sus prisioneros, sin respetar sus heridas, y que levanta sangrientas hecatombes con los vencidos, como la de Tepetates.

[1] Ignoraban que había sido destrozado en San Lorenzo, y enerrado en la capital, por el guerrero de Oriente.

“*En tan dura extremidad*, los que suscriben creen cumplir con un deber de conciencia y de soldados, diciendo á V. M: que su *alto carácter de Soberano, así como nuestra cualidad de Generales, nos impone un último deber, QUE SERÁ TAMBIEN UN COSTOSO Y HEROICO SACRIFICIO.*

“Atacar desde luego al enemigo hasta derrotarlo completamente, vencéndolo en todos los puntos de su línea: si las tropas imperiales fueren rechazadas en este ataque, evacuar inmediatamente la plaza, inutilizando *primero* la artillería y todos los trenes; y rompiendo *después* el sitio á todo trance, único medio de salvar de la barbarie del enemigo el mayor número de soldados del ejército imperial (1)”

A cuadro tan desconsolador trazado por los mismos generales imperialistas sitiados, que pinta con tan vívidos colores la triste, la insostenible, la desesperada situación del ejército sitiado, y la necesidad de poner término ya á la cuestión militar, con un hecho de armas *de costoso sacrificio para el mismo Soberano y sus tropas*, no añadiré yo más que una pincelada, tan sólo para borrar con tinta oscura, aquellas palabras que hablan del espíritu de barbarie y salvajismo, atribuido en el informe al ejército republicano.

Por lo demás, él es la prueba más completa y fehaciente de aquel estado de cosas. Sólo que á Maximiliano no cuadró aquello del *costoso sacrificio*, pues no estaba por el caso de hacer ninguno por su parte, y menos *al costo* de su vida.

Y á la verdad, que de haberse ejecutado el plan acordado al pié de la letra, era inminentísimo para los jefes sitiados, el peligro de sacrificar su existencia; porque al momento de intentar el ataque ó la salida, naturalmente hubieran tenido sobre sí, para rechazar aquél ó impedir ésta, todas las tropas republicanas situadas en el punto por donde uno ú otra se intentasen, y además aquellas brillantes reservas, que estaban destinadas únicamente para auxiliar á los puntos amagados, como sucedió en el Cimatarío, el 28 de Abril, que hicieron convertir en la más tremenda derrota, la más brillante victoria que allí alcanzara Miramón; y dadas esas condiciones, es lógico presumir que el costo del sacrificio que se imponían los jefes sitiados en su acuerdo, era infaliblemente *para todos, incluso Maximiliano, nada menos que el costo de su propia vida.*

Y una vez que los generales imperialistas habían cerrado la puerta á una capitulación, por no tratar con un enemigo salva-

(1) Arias, obra cit. pag. 223.

je, y que no quedaba abierta para salir del paso, más que aquella que importaba un sacrificio de tan grande costo, Maximiliano no quiso salir por esa puerta, en cuyo umbral habría perdido la existencia. Y él, que tenía sus razones para creer que, *por virtud de su rango*, el Gobierno republicano respetaría su vida cayendo prisionero, dió entonces los pasos necesarios para entenderse con el jefe sitiador, obrando en ello clandestinamente y sin conocimiento de sus generales, porque estaba viendo que éstos desecharían siempre ese medio, y que no adoptarían otro que el que ya habían adoptado y estaban preparando para ejecutar aquella misma noche: esto es, el de romper el cerco á sangre y fuego. Confió entonces á López la comisión de ir á tratar con Escobedo, y al regreso de éste, ordenó la suspensión de aquel peligrosísimo movimiento, obrando en esto de acuerdo con lo que acababa de estipular el emisario con el jefe sitiador.

Pero con las apreciaciones que acabamos de hacer aquí, y con el apuntamiento de las graves dificultades que ofrecía el proyecto de ataque ó de ruptura, no hemos querido decir que Maximiliano estuviera por eso en su derecho para desecharlo y obrar por su cuenta de otro modo; no tal. Ese plan, bueno ó malo, y peligroso en sumo grado ó no, una vez adoptado por la junta, el Archiduque, como jefe del ejército sitiado, debió ponerlo en práctica, más que en ello viera claramente que le iba á *costar* la vida. Tan sólo, pues, hemos querido marcar la magnitud de los peligros, porque ellos fueron una de las causas que determinaron al jefe imperial, mandar entregar la Cruz, y hemos querido también señalar la orden de suspensión, como un acto preparatorio de la entrega.

Y como no hemos concluido aún nuestras apreciaciones, seguimos diciendo: que el plan acordado y definitivamente resuelto, contenía para su realización dos intentos que se habían de ejecutar de una manera sucesiva: el primero, *atacar á los republicanos hasta derrotarlos y vencerlos en toda su línea*; y si fueren rechazados los imperiales en este ataque, se apelaría entonces al segundo, esto es, *romper el sitio después de destruir la artillería y trenes.*

El primer intento parece una quimera; porque, aparte del gran peligro de muerte que en este ataque hubieran corrido los sitiados, habría sido cosa punto menos que imposible, *derrotar y vencer en toda su línea*, con cinco mil soldados extenuados y hambrientos y aun sin municiones, á treinta y cinco mil muy bien provisionados; pero, en fin, pase. Mas aquello de que después de rechazados, ó, lo que es lo mismo, derrotados, y después de destruidos la artillería y los trenes, se hubiera eje-

cutado el segundo intento, es decir, *romper el sitio*, con esos mismos soldados derrotados antes, y ya sin artillería ni trenes, esto sí que no pasa; y el peligro de muerte entonces de los sitiados, habría llegado al grado de infaliblemente seguro. La ejecución, pues, de ese plan en condiciones tales, hubiera redoblado para sus autores, el peligro de su muerte, en la proporción del ciento por uno.

Acabamos de marcar aquí la imposibilidad absoluta, no menos que los tremendos riesgos que ofrecía la realización del plan acordado por la junta del 14; y para que nuestras apreciaciones á este respecto, no aparezcan destituidas de valor, profanos como somos en la ciencia de la guerra, vamos sin demora á señalar una gran contradicción y á aducir un testimonio que las confirman plenamente:

Hemos, pues, de saber aquí que el dictamen que estamos analizando, lo redactó el general imperialista don Manuel Ramírez de Arellano, designado para ello por los demás jefes de la junta (1); y debemos, por lo mismo, considerar como propios de él, los conceptos que contiene; que aceptaron é hicieron suyos con su firma, los demás miembros de aquel cuerpo.

Pues hemos de saber también que días antes de aquella fecha, es decir, el 20 de Marzo, Maximiliano, por consejo de Márquez, que aun se encontraba en el sitio, había resuelto hacer una retirada con todo su ejército hácia la capital de México; y sabedores los demás jefes imperialistas de esta determinación, se presentaron al Soberano, haciéndole ver lo absolutamente imposible que era ejecutar ese movimiento en la situación que guardaban los dos ejércitos contendientes. El Emperador, sin embargo, se manifestó por de pronto decidido á efectuarlo, declarándoles "*que la retirada era un negocio resuelto.*" Mas aquel Príncipe, cuya naturaleza versátil lo hacía incapáz de perseverar en una idea ó resolución fuera buena ó fuera mala, que variaba de un momento á otro de modo de pensar, cediendo á poco á los impulsos de su variable carácter, llamó en seguida á Ramírez Arellano, y le inquirió su opinión sobre la retirada en proyecto; y este jefe se la dió en comunicación de la misma fecha, cuyos conceptos principales eran estos: "Señor:—Tengo el honor de presentaros por escrito el juicio que he formado respecto de la retirada que hoy habíamos de haber verificado, y acerca de la cual Vuestra Majestad, siempre

(1) Así lo dice el mismo Ramírez Arellano en su opúsculo "Últimas Horas del Imperio."

muy bondadoso, se dignó consultarme para determinar la mejor manera de ejecutarla. Si se tratase de retirarnos sin que el enemigo estuviese á la vista, mi humilde opinión se uniría á la de aquellos que proponen á Vuestra Majestad, en estas circunstancias, obrar en ese sentido. En ese caso, aunque la moral del ejército se rebajase, esta desventaja quedaría compensada con el aumento de tropas y de material de guerra que tendríamos, trasportando el teatro de la lucha á los alrededores de la capital, donde abundan los recursos de todo género. *Mas la experiencia nos tiene demostrado que este movimiento difícil y peligroso NO ES POSIBLE EFECTUARLO con nuestras tropas recientemente organizadas, con la falta de moral que se nota en nuestros soldados, y, LO QUE ES MÁS CON EL ENEMIGO AL FRENTE, COMO LO TENEMOS. BAJO TALES AUSPICIOS, LA RETIRADA ES EL PRIMER PASO QUE DAMOS HACIA LA DERROTA.*—Actualmente, y por desgracia, se trata de una cuestión *más grave* que la simple retirada á la vista del enemigo, OPERACIÓN EN VERDAD IMPOSIBLE POR SÍ MISMA. Estamos en una plaza doblemente cercada, ya por la cadena de montañas que la dominan, ya por un ejército numéricamente muy superior al nuestro, aunque inferior á éste en inteligencia y en disciplina militar. Es cierto que al oeste de la ciudad no hay montañas, *pero allí está el enemigo.* También es verdad que el sur está libre de las tropas republicanas, pero de este lado tenemos el cerro del Cimatarío, que hace imposible el paso de los trenes y de la artillería. No se trata, pues, de una simple retirada, como impropriamente se ha querido llamar al *temerario movimiento* que tratamos de ejecutar, *sino de la ruptura de un sitio*, OPERACIÓN QUE NO PUEDE TENER BUEN ÉXITO, SINO SALVANDO LA ARTILLERÍA Y LOS TRENES, Y QUE ES DE TODO PUNTO IMPOSIBLE SI SE ABANDONAN ESTOS DOS ELEMENTOS DE FUERZA. *En este caso causaríamos la desmoralización del ejército, y LA RETIRADA, DESDE EL PRIMER DÍA, SE COVERTIRÍA EN UNA FUGA DESASTROSA, si, como es posible, los 7 ú 8000 caballos, que tiene el enemigo, se mueven en persecución nuestra.*—*Por todos estos motivos, tengo el honor de manifestar á Vuestra Majestad, en tiempo todavía oportuno, que la retirada con todos nuestros trenes me parece mala, y PEOR AÚN SI LOS ABANDONAMOS. Ignoro ciertamente, señor, cómo se ha propuesto á Vuestra Majestad que adopte UNA RESOLUCIÓN TAN PELIGROSA, tanto para su gloria como para el triunfo de nuestra causa. (1)*"

[1] El relato de estos hechos y la comunicación inserta, se hallan en el opúsculo de Ramírez Arellano "Últimas Horas del Imperio."

Hé aquí, pues, un gran testimonio de un general imperialista, que confirma plenamente nuestras apreciaciones expuestas, sobre la imposibilidad y magnos riesgos que presentaba la realización del plan acordado por la junta del 14.

Y no bien se conoce ese testimonio, cuando salta á la vista una contradicción pasmosa:

El 20 de Marzo, cuando el ejército sitiado contaba con algunos elementos de guerra, y se hallaba aún íntegro su efectivo, *era imposible y de todo punto peligroso*, según los generales imperialistas, inclusive Ramírez Arellano, *efectuar una retirada sin artillería ni trenes, con el enemigo al frente*; y el 14 de Mayo, cuando habían llegado al agotamiento los elementos de guerra del ejército imperial, y éste se hallaba mutilado de las tropas que llevó consigo Márquez á su expedición de México, disminuido, además, por las bajas ordinarias y aun con el enemigo al frente reforzado á la sazón en grande escala, se le propuso á Maximiliano por esos mismos jefes, incluso el propio Ramírez Arellano, un plan para la ruptura del sitio, cuyo medio se hacía consistir precisamente en destruir *antes* la artillería y los trenes. Es decir, que lo que en aquella fecha, hallándose en circunstancias no del todo malas, *era imposible é irrealizable*, en ésta, cuando las circunstancias eran ya terribles, se quiso hacer pasar por *posible y hacedero*.

Antes se había considerado *la simple retirada* como un primer paso hácia la derrota, pero que aquel movimiento acordado, que se calificó de *temerario*, no era una simple retirada, sino algo más grave: *la ruptura del sitio, operación que no podía tener buen éxito sino salvando la artillería y los trenes, y QUE ES DE TODO PUNTO IMPOSIBLE SI SE ABANDONAN ESTOS DOS ELEMENTOS DE FUERZA*; y después se resolvió precisamente romper el sitio, destruyendo *con anterioridad* la artillería y los trenes.

En la primera vez se tuvo el temor de causar la desmoralización del ejército, y *convertir la retirada desde el primer día en UNA FUGA DESASTROSA*, si, como era muy posible, los 7 ú 8000 caballos del enemigo se movían en su persecución; y en la segunda vez ¡cuánto mayor debió ser ese temor de desmoralizar el ejército, y convertir la retirada en desastrosa fuga con tremendos resultados, si, como era entonces evidente, los 12000 caballos del enemigo (1) caerían como una tromba sobre los fugitivos!

[1] Escobedo en su Informe dice que eran 12,000.

El 20 de Marzo, en fin, se admiraba Ramírez Arellano de que se hubiera propuesto al Emperador que *adoptara una resolución tan peligrosa, tanto para su gloria como para el triunfo de su causa*; y el 14 de Mayo los jefes de la junta, entre ellos Ramírez Arellano mismo, decidían la adopción de otro plan igual, pero más peligroso que el primero, no sólo para la gloria del Soberano y para el triunfo de su causa, que eso era de poca monta, sino para su propia vida!

La flagrante contradicción que hemos marcado, ha de haber producido en el ánimo de Maximiliano el mayor espanto. El plan adoptado el 14 de Mayo redactado por Ramírez Arellano le ha de haber representado en su imaginación con espantosas proporciones, todo aquel cuadro de peligros y desastres que el mismo Ramírez Arellano le había pintado en su dictamen del 20 de Marzo, si se adoptaba la resolución de romper el sitio.

Y Maximiliano, al notar esa contradicción y sentirse presa del terror consiguiente, creyó más en aquellas palabras que le había dicho Márquez y que él expresó después á la Señora de Mejía, esto es, que éste era muy tonto, y Miramón muy ambicioso, y que lo que pretendían era su muerte; que el uno con su tontería y el otro con su ambición, lo perderían. Aun desconfiaba en aquel día de sus generales, viéndolos tomar resoluciones tan en alto grado riesgosas, y suponía que el acuerdo adoptado por ellos era un lazo que le tendían para hacerlo caer; aun era Márquez para él *su sólo y mejor amigo*; no era todavía *demasiado tarde para conocer á sus mejores amigos*.

Tal y tan crítica y desesperada situación, tanta miseria y tantas circunstancias adversas para poder remediarla, constituyen la primera causa, que empujó á Maximiliano á dar el paso que le vino á costar la vida; causa que confiesa el mismo Ramírez Arellano: "*La pérdida de Querétaro, dice (1), tuvo por causa principal la horrible miseria y todos los males que de ella se derivan en circunstancias tan críticas, como las que resultan siempre de una defensa prolongada.*"

SEGUNDA CAUSA:

Hemos dicho que la segunda causa fué el magno egoísmo del Archiduque en las ocasiones de peligro.

Estaba en su carácter obrar en provecho exclusivo, cuando miraba el peligro, aquellas cosas con que esperaba salir ileso

(1) "Últimas Horas del Imperio"